

la recomendación del anciano Limasset para desempeñar allí las funciones de *un criado de letras*.

»Después, el señor de Jussat, obedeciendo, como hacía siempre, los impulsos de su capricho, siguió diciendo:

»—Me ocurre con este motivo una idea: Desde hoy nos leerá usted un poquito todas las noches. Esto nos distraerá algo más que las cartas.

»Encontrábame, pues, de repente ascendido a nueva servidumbre, sin haber podido calcular si aquello convenía o no a mis estudios, porque por la noche llevaba yo muy a menudo al salón los libros en que me preparaba para mi licenciatura, sin abandonar a Luciano. No pasó, sin embargo, por mi imaginación, ni por un segundo, el pensamiento de eludir aquella nueva carga, ni aun lo de sufrir por ella. Además, aquella genialidad del marqués me había valido una mirada casi suplicante de Carlota, una de esas miradas en las cuales una mujer sabe, sin hablar, solicitar perdón de un agravio inferido por persona a quien ella ama.

»Esta nueva carga de la lectura ¿no podría ser utilizada por mí en beneficio de la empresa de seducción comenzada y abandonada, pero que la mirada de Carlota me había hecho mirar de nuevo como realizable? A la pregunta del marqués sobre la elección de libro, respondí que yo buscaría. Busqué, efectivamente, busqué un libro que me permitiese aproximarme a la presa alrededor de la cual yo giraba, como vi en cierta ocasión, cerca de Puy de Dôme, a un milano girar alrededor de un pobre pajarillo. ¿No estaba yo en caso de intentar por un nuevo

procedimiento la influencia de la imitación que yo había esperado inútilmente de mi fingida confianza? Pero ¿cómo hallar una novela que fuera lo bastante apasionada para turbar a Carlota y lo bastante correcta en la forma para ser leída delante de toda la familia junta? Registré en todos sentidos la biblioteca. Su formación incoherente y llena de contradicciones reflejaba las permanencias sucesivas de sus respectivos propietarios y las distintas aficiones de éstos. Existía allí todo el fondo de las obras del siglo *décimo-octavo* de que he hablado a usted ya; después advertíase una gran laguna. Durante la emigración, el palacio había permanecido sin habitar. Después, una multitud de libros del romanticismo, casi todos ejemplares de las ediciones primeras, demostraban las aspiraciones literarias del padre del marqués, del cual sabía yo que había sido muy amigo de Lamartine.

»Caían después en las manos detestables novelas contemporáneas, esas que se compran en las estaciones de ferrocarril y se arrojan después medio hojeadas, cortadas a veces con el dedo; acabé por hallar en aquel revoltijo un *Eugenio Grandet*, que, a mi juicio, llenaba las dos condiciones apetecidas. Nada hay que más atractivo tenga para una imaginación joven que esos idilios, castos y ardientes a la vez, en los cuales la inocencia envuelve la pasión en una penumbra de poesía. Pero el marqués había de saber de memoria aquella célebre novela; temí que se negase a autorizar su lectura; no sucedió así, antes por el contrario, cuando le indiqué el título del libro exclamó con alegría:

»—¡Bravo! Es uno de esos libros que se leen una

vez y se habla de ellos siempre, aunque uno los olvide en seguida... Yo vi en París a ese Balzac una vez en casa de los Castries. Ya hace esto más de cuarenta años..., era yo un pollo por entonces..., pero lo recuerdo muy bien; era un hombre bajo y obeso, vehemente, con cierto aire de gran señor..., hermosos ojos muy vivos y conjunto vulgar.

»La verdad: que desde las primeras páginas el marqués comenzó a dormitar, mientras que la marquesa, el aya y la hermana de la caridad bordaban sin dejar que se adivinase su pensamiento, y Lucianillo, poseedor desde hacía poco tiempo de una caja de colores, iluminaba a conciencia los dibujos de un libro muy abultado. Yo, leyendo, observaba, sobre todo, a Carlota; y me costó muy poco trabajo convencerme de que por aquella vez mi cálculo había sido acertado y de que el alma de la joven vibraba bajo las frases de la novela como el violín bajo un hábil arco. Todo la había preparado a recibir esta impresión; desde sus sentimientos, ya algo turbados, hasta sus nervios, con bastante tensión por la influencia de un orden físico.

»No se vive impunemente semanas enteras en una atmósfera como la de aquel castillo, siempre templada, casi asfixiante. La hipocondría del marqués exigía que el calorífero caldease las habitaciones día y noche. Esta enervación diaria era un auxiliar con el que no me hubiera yo atrevido a contar, y que mi conciencia de psicólogo tiene cierta complacencia en señalar ahora. Desde aquella noche vi a la señorita de Jussat pendiente de mis labios, a medida que los sencillos anores de Eugenia y de su primo Carlos

desarrollaban sus conmovedores episodios. Aquel instinto mismo de comediante que me guió en mi confianza mentida hizome después dar a cada frase la entonación que yo juzgaba que le gustaría más.

»La verdad que esa novelita me gusta mucho, si bien prefiero a ella otras novelas de las obras de Balzac; aquellas que, como el *Cura de Tours*, por ejemplo, verdaderas preciosidades literarias y en las que cada frase contiene más filosofía que un scolio de Spinosa. Esforzábame yo, sin embargo, para fingirme conmovido por los infortunios de la hija del avaro hasta las últimas fibras del corazón. Mi voz parecía compadecerse de la dulce reclusa de Saumur; vibraba rencorosa contra el primo desleal.

»En esta ocasión, lo mismo que en las otras, me entregué a un trabajo inútil del todo; no era necesario aquel complicado artificio mío; en la crisis de sensibilidad imaginativa por la que atravesaba entonces Carlota, cualquier novela de amor era para su alma un peligro. Si el marqués y la marquesa hubiesen tenido, aun siendo en cantidad muy escasa, el espíritu de observación que los padres deberían ejercitar siempre en rededor suyo, habrían adivinado ese peligro en la fisonomía de su hija, cada vez más y más encantada durante las tres noches que duró la lectura. La Marquesa se contentó con manifestar que caracteres tan sombríos como el padre Grandet y su sobrino, no existen en la vida real. Por lo que respecta al marqués, había vivido demasiado para emitir opiniones tan sencillas; expuso en muy pocas palabras las razones de su hastío durante la lectura.

»—Indudablemente, eso está muy bien hecho...

demasiado bien hecho. Esas descripciones que no se acaban nunca, esos análisis, esos cálculos numéricos... están muy bien, no quiero negarlo; pero cuando leo una novela es para divertirme...

»Y sacó en consecuencia que era preciso pedir al librero de Clermont toda la colección de comedias de Labiche. Este capricho nuevo me desesperó. Iba a encontrar nuevamente imposibilitado para influir en la imaginación ya perturbada de la joven, en el momento mismo en que principiaba yo a columbrar probabilidades de feliz éxito. Eran estos temores desconocimiento de la necesidad que aquel espíritu, ya conmovido, experimentaba sin darse de ello razón ni advertirlo siquiera; la necesidad de acercarse a mí, de vivir en contacto con mi pensamiento, de comprenderme y de conseguir que yo le comprendiera. Al día siguiente de aquel en que el marqués había dictado aquel decreto de proscripción contra las novelas analíticas y a la hora misma en que yo trabajaba con Luciano, vi entrar en la biblioteca a la señorita de Jussat. Venía a colocar en su sitio el tomo, inútil ya, de *La Enciclopedia*, y hecho esto, sonriéndose con cierta timidez, me dijo:

»—Quiero pedir a usted un favor. Tengo aquí bastantes horas libres y de las cuales no sé verdaderamente qué hacer... Me alegraría mucho que usted me aconsejase acerca de mis lecturas... El libro que usted escogió el otro día me ha gustado mucho... por lo general, las novelas me aburren ¡y ésta me ha parecido tan interesante!

»Oyendo hablar de aquel modo a Carlota experimenté la alegría misma que el conde Andrés debió

de probar cuando vió al soldado enemigo asomar la cabeza curiosa por encima de la tapia. También me pareció que yo tenía la víctima humana al alcance de mi fusil. Al suplicarme que yo dirigiese sus lecturas ¿no venía Carlota a colocarse por sí misma a disposición mía? La respuesta a esa pregunta me pareció de una importancia tal, que fingí encontrarme en grave embarazo. Después de darle mil gracias por la confianza con que me honraba y distinguía, manifesté que me encargaba de una misión muy delicada y de la que no me juzgaba yo digno; en una palabra, aparenté deseos de declinar un mandato que me había embriagado de gozo. Insistió Carlota y acabé ofreciendo que al día siguiente le entregaría una lista de obras adecuadas. Tratábase ahora de que no me equivocase en la elección, bastante más difícil que la de *Eugenia Grandet*. Pasé toda la tarde y parte de la noche en escoger y desechar después, de memoria, centenares de tomos. ¿Cómo determinar los que conmovieran su imaginación, sin trastornarla; que la excitasen y no la irritaran? Mucho pensé y muy despacio medité sobre la intoxicación literaria que deseaba yo realizar; resultado de aquellos pensamientos y de estas meditaciones, así como del efecto que en mí había producido algún libro, fué la siguiente lista de obras que entregué a Carlota y que me figuraba yo que servirían mejor a mis designios: *Dominique*, de Fromentin; *Princesse de Cleves*, *Valerie*; *Julia de Trécaeur*; *Lys dans la vallée*; *Los Reisebilder*, de Heine; algunas comedias de Musset, en particular la titulada *On ne badine pas avec l'amour*; las primeras poesías de Sully Prudhomme y las de

Vigny. A esta lista iba adjunto un comentario tentador, en el cual indicaba yo, del mejor modo que me había sido posible, el matiz de delicadeza propio de cada uno de aquellos escritores. Esta lista y estos comentarios contenían la carta que la pobre niña conservó siempre y de la cual han dicho los jueces que era un comienzo de declaración amorosa. ¡Ah! ¡Extraña declaración y cuán distante de la vulgar ambición de una boda ventajosa que esos espíritus groseros me han atribuído estúpidamente! Aun cuando yo no tuviese otra razón de orgullo, que diré a usted al final de esta Memoria, para no defenderme, callaría obstinadamente por el disgusto que me causaron esas inteligencias ruines y bajas entre las cuales ninguna hay que comprenda las acciones dictadas por ideas puras. Cuando me den por jueces a usted y a los otros príncipes del pensamiento moderno, podré hablar como hablo a usted ahora.

»Las obras señaladas por mí llegaron de Clermont. Ninguna de ellas fué rechazada por el marqués. Es necesario poseer espíritu de mayor alcance que el de aquel pobre hombre para comprender que no hay libros malos. Hay, sí, momentos malos para leer los mejores libros. Con ocasión de la lectura de esos libros y de los sentimientos que en cada uno de ellos se analizaban, hablábamos muy frecuentemente Carlota y yo en aquel castillo, donde podíamos considerarnos aislados por completo. Nadie pensaba en vigilarnos. El disimulo con que yo me había enmascarado al llegar al palacio continuaba protegiéndome. Los marqueses me habían modelado desde la primera semana de un modo completamente distinto a mi ver-

dadera naturaleza. No se cuidaron de averiguar si aquella su primera impresión era falsa o verdadera. La buena señorita de Largeyx, satisfecha con las dulzuras de su parasitismo complaciente, era demasiado inocente para sospechar los pensamientos de depravación intelectual que barajaba yo en mi cabeza. El padre Barthomeuf y sor Anacleta, divididos por una secreta rivalidad, velada bajo las formas de una amabilidad simplemente eclesiástica, sólo se cuidaban de una cosa: de predisponer a los amos del castillo, el cura en pro de su parroquia, la religiosa en favor de su orden.

»Luciano era muy niño todavía, y por lo que a los criados se refiere, yo no había aprendido aún cuanto de perfidia se oculta bajo la impasibilidad de su cara afeitada y la severidad de su librea oscura con botones dorados. Carlota y yo podíamos, por consiguiente, hablarnos con entera libertad durante todo el día. La joven aparecía primeramente por la mañana en el comedor, donde mi discípulo y yo tomábamos el té, y allí, so pretexto de desayunarse con nosotros, podía hablarme un rato en un extremo de la mesa; después la veía en la biblioteca, adonde iba siempre ya por una causa, ya por otra; nos encontrábamos luego en el salón antes de almorzar y después de haber almorzado. Carlota ponía empeño en servirnos el café a todos, y lo distribuía muy de prisa a fin de poder detenerse cerca de mí, a quien dejaba para el último, lo cual nos permitía charlar un instante en el hueco de la ventana. Cuando el tiempo era bueno, salíamos por la tarde los cuatro: Carlota, su aya, mi discípulo y yo. El té de las cinco volvía a

reunirnos, y la comida después, y la velada en seguida, de modo que nuestras conversaciones comenzadas y suspendidas con tan cortos intervalos no formaban, si así puede decirse, más que una sola.

»Estos comienzos debían terminar, para no ser inútiles en una intimidad muy distinta de la intimidad del sentimiento. Hay en el libro de usted, *Teoría de las pasiones*, y al pie de una página, una nota que yo leía y releía en aquella ocasión, y que sé de memoria; dice así:

»Un estudio bien hecho acerca de la vida de los seductores de profesión arrojaría mucha luz sobre el problema del nacimiento del amor. Pero nos faltan documentos. Casi todos esos seductores han sido hombres de acción, y que, por consiguiente, no sabían explicarse. Sin embargo, algunos pasajes de un gran interés psicológico, *Las Memorias de Casanova*, *La vida privada* del mariscal Richelieu, el capítulo de Saint-Simón acerca de Lauzún nos autorizan a decir que en el noventa y cinco por ciento de los casos, la audacia y la familiaridad físicas son los medios más seguros para crear el amor. Esta hipótesis confirma nuestra doctrina sobre el origen animal de esta pasión.»

»Yo me repetía, en voz baja, mientras sostenía con Carlota mis conversaciones literarias y repetía las palabras de usted con tanta mayor convicción cuanto más cierto era que la Naturaleza, como antes dije a usted, hablaba dentro de mí, y la presencia de la joven despertaba el ardor de mis más punzantes recuerdos.

»Algunas veces, cuando ella y yo estábamos solos

durante unos minutos y Carlota se movía, o sus pies se adelantaban hacia mí, o respiraba... las ondas febriles del deseo corrían violentamente por mis venas y necesitaba yo apartar de ella mis ojos, cuya expresión la hubiera espantado. Miraba yo cómo su mano blanquísima hojeaba un libro, cómo extendía el dedo para señalar una línea y yo pensaba: «¡Si yo le cogiese esa manita, si se la estrechase cariñosa, suave, dulcemente entre las mías!» Decíame yo que debía hacerlo, pero no me atrevía.

»Muy a menudo también, y cuando ya no estaba ella delante, pensaba yo que la audacia me sería tanto más fácil cuanto más completa fuese. Prometíame entonces estrecharla entre mis brazos y poner mi boca sobre su boca.

»Me la figuraba ya cayendo desvanecida en mis brazos al ardor de mis caricias, dormida, subyugada por aquella revolución de mi ardor apasionado. ¿Qué sucedería después? A esta idea palpitaba mi corazón de una manera extraña. No era el temor de ser expulsado de allí ignominiosamente lo que me retenía. Más vergonzoso era para mí no atreverme. Y no me atrevía. ¡Cuántas y cuántas veces resoluciones aun más insensatas me han tenido despierto toda la noche! Levantábame de mi lecho, después de muchas horas de agitación que me cubría el cuerpo de sudor frío. «Si ahora fuese yo a su cuarto,» me decía a mí mismo, «si yo me colocase a su lado; si ella al despertar se encontrase enlazada conmigo, unidos nuestros labios, juntos nuestros cuerpos...» Llevaba yo el frenesí de este proyecto hasta abrir la puerta de mi cuarto con las precauciones del ladrón, bajaba un

tramo de la escalera y daba la vuelta al corredor hasta otra puerta, la de las habitaciones de Carlota.

Aquello era arriesgarme a ser sorprendido y expulsado... por nada. Colocaba mi mano sobre el picaporte; el frío del metal abrasaba mis dedos... Después... no me atrevía.

No era solamente el miedo lo que me detenía, no; lo que me paralizaba cerca de la señorita de Jussat, como por influencia magnética, era, ahora lo veo con claridad, aunque sin explicármelo bien, su pureza. Parece absurdo al pronto que el conquistar a una virgen sea más difícil que enamorar a una mujer que ya se ha entregado a otro hombre, y que sabiéndolo todo, puede defenderse más fácilmente. Y, sin embargo, así sucede. Al menos yo he experimentado en mí mismo ese retroceso forzado ante la inocencia. Muy frecuentemente, cuando yo sentía entre mi persona y la de Carlota esa barrera invisible, he recordado la leyenda del *Ángel de la Guarda*, y he comprendido el origen de esa creación poética del catolicismo.

Reducido a su realidad por el análisis, este fenómeno prueba solamente que en las relaciones entre dos seres, hay una reciprocidad de acción del uno sobre el otro, sin que acaso ni el uno ni el otro lo adviertan.

La primavera llegó, en estas alternativas tan terribles para mí de audaces proyectos, de insensatos temores, de combinaciones ingeniosas, de ardores inefables. ¡Y qué primavera! Es necesario haber conocido toda la crudeza del invierno en estas montañas y conocer después la repentina dulzura de la renova-

ción, para saber qué encanto de vivir flota en aquella atmósfera, cuando Abril y Mayo vuelven a traer la estación sagrada.

Al calor de aquella Naturaleza exuberante se fundió el hielo de las ideas abstractas que aprisionaban mi espíritu. Cuando, transcurrido algún tiempo, he vuelto a leer las hojas del diario, hoy destruido, en que registraba yo y comentaba mis sensaciones, me he asombrado viendo con qué fuerza los manantiales del amor ingenuo tornaron a abrirse bajo esta influencia que, sin embargo, solamente era física! Estoy irritado contra mí mismo por haber pensado con tal cobardía. Y, no obstante, pruebo cierta dulzura al decir que en aquella época he amado sinceramente a la que ya no existe. Sí, me lo repito con verdadero consuelo: por lo menos, el día en que, por último, me atreví a hablarle de amor, día nefasto que señala el principio de la perdición de ambos, me engañé a mí mismo con mis propias palabras.

Para decirlo todo y no presentarme más fuerte de lo que en realidad he sido, debo confesar que aquella declaración, en la cual tanto había yo pensado, fué sencillamente el efecto de la más impensada de las casualidades. Lo recuerdo perfectamente, estábamos a 12 de Mayo. Es la fecha exacta. ¡Ah! ¡Pensar que todavía no ha transcurrido un año y que después...! La mañana había sido hermosa, y por la tarde salimos a paseo, como de costumbre, Carlota y su aya, mi discípulo y yo, y nos dirigíamos hacia el pueblo de San Saturnino a través de un espeso bosque de encinas, álamos y avellanos que separa a dicho pueblo del castillo de Montredón, hoy en ruinas

y que se denomina bosque de *La Pradat*. El camino que corta este bosque salvaje es excelente. Habíamos tomado un carrujillo de dos ruedas que en el país nombran *charrette*, y en el que, muy justos, cabíamos los cuatro. Nunca estuvo la temperatura más templada ni más azul el cielo, ni fué nunca más embriagador el aroma de la primavera que embalsamaba el aire... Poco menos de una legua habíamos andado cuando la señorita de Largeyx, fatigada por el sol, se instaló en el carruaje. La estólida ha declarado después contra mí, y muy cruelmente, y ha recordado todo cuanto supo o se imaginó de lo que voy a referir ahora. Luciano se confesó también fatigado poco después, y subió también al carruaje; quedamos solos por consiguiente, caminando a pie, Carlota y yo. Habíasele ocurrido a la señorita de Jussat formar un ramo de azucenas y yo la ayudaba en la tarea. Engolfados en esto nos alejamos, sin advertirlo, del camino, de modo que apenas si por entre los troncos del arbolado espeso alcanzábamos a ver el grupo formado por el carrujillo y las tres personas que lo ocupaban, Luciano, el aya de Carlota y el segundo cochero de los marqueses.

»Carlota fué la que primeramente advirtió nuestra soledad. Escuchó con atención, y como no oyese el ruido de las herraduras del caballo al chocar con las piedras del camino, exclamó riéndose como una chiquilla:

»—Nos hemos perdido... Por fortuna, el camino no es difícil de hallar. ¿Quiere usted aguardar a que arregle yo este ramo? Sería una lástima estropear estas flores tan hermosas. Sentóse tranquilamente sobre

una roca que bañaba el sol, allí colocó en su falda las flores recogidas y comenzó a formar el ramo. Jamás la había visto yo tan hermosa. Con el propósito de manejar más fácilmente los tallos de sus flores había-se quitado los guantes y veía yo sus hermosas y blancas manos, cuyos dedos afilados iban y venían. Carlota armonizaba de un modo casi sobrenatural con el paisaje en que nos encontrábamos, por el encanto de la juventud que de ella emanaba. Cuanto más miraba yo a Carlota, tanto se enseñoreaba de mi espíritu la idea de que si no aprovechaba aquella ocasión para decirle todo lo que deseaba yo decir hacía tanto tiempo, no volvería a presentárseme otra más propicia. ¿De qué profundidades de mi alma había salido aquella idea y en qué momento? No lo sé; pero sé que apenas concebida, creció, creció... Un confuso y vago remordimiento mezclábase con aquella idea... el remordimiento de ver a aquella niña, tan confiada, tan indefensa contra el trabajo paciente a favor del cual y abusando de nuestro trato diario había la yo conducido a tratarme con una dulzura casi fraternal. Mi corazón palpitaba. La magia de su presencia conmovía todo mi sér. Desgraciadamente para ella, Carlota volvió hacia mí su cabeza para mostrarme el ramo casi concluído. Estoy seguro de que la pobre joven vió sobre mi semblante las huellas de la emoción, la tempestad de mis pensamientos, porque su fisonomía, tan gozosa, tan franca, se veló de pronto con sombras de inquietud. Debo añadir que durante nuestras conversaciones de aquellos dos últimos meses en que nos habíamos hecho tan buenos amigos, procuramos evitar, ella por delicadeza, yo por

malicia, toda alusión a la novela del desengaño amoroso con que había yo pretendido excitar su compasión. Comprendí que había concedido crédito a la novela y que no había dejado de pensar en ella cuando la oí decir, mirándome con melancolía:

»—¿Por qué entristece usted con recuerdos amargos un día tan hermoso? Parecía que era usted ya más razonable.

»—No—respondí—, no; usted no sabe, señorita, lo que ahora me entristece... ¡Ah! No son ciertamente los recuerdos... Usted alude a mis pesares de otro tiempo, ya lo conozco... Pero está usted equivocada en esto... Ya no hay en mi alma sitio para ellos... como no lo hay en esas ramas para las hojas del año pasado.

»Mostrábale yo, al decir esto, el frondoso ramaje de un álamo, cuya sombra caía entonces sobre la piedra en que estábamos sentados. Oí que mi voz pronunciaba esas frases como si hubiese sido la voz de otra persona; al propio tiempo leí en los ojos de mi compañera que, a pesar de la poética comparación, con la cual había yo procurado salvar lo que había en mis palabras de directo, Carlota me había comprendido. ¿Qué pasó en mí y cómo lo que había sido imposible hasta entonces me fué tan fácil? ¿Cómo me atreví a lo que no creía que pudiera atreverme nunca? Tomé su mano, que sentí temblar en la mía, como si la pobre niña hubiese quedado anadada de terror. Carlota tuvo fuerzas para levantarse con intención de alejarse de mí, pero sus rodillas temblaban y ningún trabajo me costó obligarla a que se sentase de nuevo.

»Estaba yo tan trastornado por mi propia audacia, que ya no era dueño de mí, y comencé a expresar lo que sentía con palabras que de seguro no podría yo repetir ahora; tan lejos me encontraba yo en aquel momento de obedecer a cálculo alguno. Cuantas emociones había yo atravesado desde mi llegada al castillo, sí, todas, desde las más detestables, como mi envidia al conde Andrés, hasta la mejor, mis remordimientos de abusar de la candidez de una pobre niña, todas se fundieron en una especie de adoración casi mística, casi insensata... a aquella criatura, temblorosa, tan conmovida y tan bella. Veíala yo ponerse, a medida que oía mi voz, tan pálida como las azucenas que aun tenía en su falda. Recuerdo que las palabras brotaban de mis labios con exaltación de locura, desordenadas hasta la imprudencia, y que terminé repitiendo como en un espasmo: ¡Cuánto amo a usted! ¡Ah, cuánto amo a usted!, y estrechando su mano entre las mías y aproximándome a ella cada vez más. Carlota se inclinaba como si no tuviese ya fuerzas para sostenerse. Pasé entonces el brazo que me quedaba libre alrededor de su cintura, sin pensar, en mi turbación misma, en robar un beso a sus labios. Aquel gesto mío hizo que Carlota tuviese un nuevo estremecimiento de espanto, y recobrando la energía necesaria para levantarse y desprenderse de mi brazo gimió, más que pronuncio, estas palabras: «Déjeme usted..., déjeme usted.» Y andando hacia atrás, con las manos tendidas hacia adelante para defenderse, llegó hasta el tronco del álamo que poco antes le había yo mostrado. Allí se apoyó palpitante de emociones, mientras derramaba abundantes y si-

lenciosas lágrimas; había en ellas tanto de pudor ofendido y tanto de rebelión dolorosa en el temblor de sus labios entreabiertos, que permanecí inmóvil en el sitio en que estaba, y solamente pude balbucear la palabra *perdón*.

»—Calle usted—dijo Carlota moviendo al mismo tiempo la mano.

»Así permanecemos, uno enfrente de otro, silenciosos, durante un tiempo que he comprendido que debió de ser muy corto, pero que me pareció infinito. De pronto oímos que Luciano, alarmado sin duda por nuestra ausencia, nos llamaba, imitando el grito del cuco, que era la seña convenida en nuestros paseos por los bosques. A esta llamada a la realidad Carlota tembló: la sangre volvió a colorar sus mejillas. Me miró con ojos en que el orgullo se sobreponía al espanto.

»Miróse silenciosamente a sí misma, como si acabase de despertar de un horrible sueño. Vió sus manos desnudas que todavía temblaban, y sin pronunciar una palabra más recogió sus guantes y sus flores y se puso a correr delante de mí; sí, a correr, como fiera perseguida, hacia donde sonaba la voz de Luciano. Dos minutos después estábamos en el camino.

»—Me he puesto un poco enferma—dijo Carlota a su aya, como para prevenir la pregunta que su rostro alterado debía motivar—. ¿Quiéren ustedes dejarme un sitio en el coche; nos volvemos a casa?

»—El calor habrá hecho a usted daño—dijo la señorita Largeyx.

»—¿Y el señor Greslou?—preguntó Luciano.

»—Volveré a pie—le respondí, y continué andando.

»Poco tardé en perder de vista el carruaje; extraordinaria angustia había reemplazado en mí la alegría y los ardores felices del principio de nuestro paseo. Por esta vez estaba ya echada la suerte. Yo había dado la batalla y la había perdido; de seguro iba a ser expulsado ignominiosamente. Pero la perspectiva de ser arrojado de una manera vergonzosa me trastornaba menos que una mezcla singular de dolor, de despecho y de deseo.

»He aquí adonde mi sabiduría de psicólogo me había llevado; he aquí el resultado de un sitio puesto en toda regla contra el corazón de una muchacha inexperta. De su parte, ni una palabra sola para responder a la más vehemente y apasionada declaración; y yo, allí, en el momento decisivo, cuando había llegado la ocasión de obrar, ¿qué había logrado decirle que no fuesen frases de novela? Y solamente un ademán de Carlota, aquella huída retrocediendo y con las manos tendidas hacia delante, me había hecho permanecer inmóvil como clavado en un sitio. Indudablemente, en aquel momento de nuestras relaciones, había en mi amor a Carlota mucho orgullo y gran parte de sensualidad, porque el movimiento de idolatría que me había hecho hablarla poco antes con sincera elocuencia se transformó en rabia por no haberla arrojado al suelo y haberla atropellado violentamente, allí, al pie mismo de aquel árbol, contra el cual la veía yo aún apoyándose; y yo, a cuatro pasos de ella... cuatro pasos... menos quizás... no había sabido hacer otra cosa que solicitar perdón. Cuando alcancé a ver el palacio cruzó por mi cabeza el pensamiento de huir, de regresar directamente